



ACTO IV

ESCENA I

Una sala con gran columnata. Es de noche; la escena está iluminada por una lámpara suspendida del techo

Salen DOÑA ISABEL y DIEGO

ISABEL

No hay noticia alguna de mis hijos? ¿Se han descubierto indicios del paradero de mi hija?

DIEGO.—No, princesa; pero bien podéis confiar en el celo de sus hermanos

ISABEL.—¡Ay, Diego! cuán inquieta estoy! ¿De mi dependía prevenir esta desgracia!

DIEGO.—¿Por qué mortificaros con remordimientos? ¿Qué precaución habéis olvidado?

ISABEL.—La de sacarla más pronto de su retiro, como quería.

DIEGO.—Os lo prohibía la prudencia. Habéis obrado cuerdateamente; las consecuencias en la mano de Dios están.

ISABEL.—¡Ah! no hay placer sin amargura. Sin esta desgracia sería ahora completa mi felicidad.

DIEGO.—No por eso se desvaneció; está sólo aplazada. Gozaos ahora en la unión de vuestros hijos.

ISABEL.—Sí, les he visto abrazarse estrechamente; ¡espectáculo consolador que no había aún contemplado!

DIEGO.—Y no era simple apariencia. Aquel abrazo salía del corazón, porque su franqueza aborrece el disimulo y la mentira.

ISABEL.—Veo también que son capaces de tiernos sentimientos, y dichosa descubro que honran lo que aman. Quieren renunciar ahora á la libertad desenfrenada; su juventud ardiente é impetuosa no se sustrae al yugo de la ley y su misma pasión es honrada. Puedo confesarte ya, Diego, que veía con angustia y terror el instante en que se exaltarán sus pasiones á tal punto, porque el amor se convierte facilmente en ira en las naturalezas vehementes. ¡Si una chispa funesta de celos cayese en sus almas, inflamadas aún por el antiguo rencor!... Este pensamiento me hacía estremecer. Sus inclinaciones, que no han sido nunca las mismas, podían desgraciadamente chocar por primera vez. ¡Gracias sean dadas al cielo, pues aquella nube que se me apareció lúgubre y amenazadora, desvaneciòla un ángel y mi corazón respira en libertad.

DIEGO.—Sí, regocíjate de tu obra; con tu ternura, con tu blanda habilidad hiciste lo que su padre no logró nunca con toda la fuerza de su poder. Esta es tu gloria: bien que deba concederse algo á tu feliz estrella.

ISABEL.—Obra ha sido de ella en gran parte, y también mía. No era cosa baladí tener guardado un secreto durante tantos años, engañar al hombre más previsor, contener en mi corazón la fuerza de la sangre, que semejante á la llama comprimida, se esforzaba en escapar de la prisión.

DIEGO.—Tan prolongados favores de la suerte son prenda de feliz desenlace.

ISABEL.—Mas no bendeciré mi estrella antes de haber visto el final de estos sucesos. Harto me advierte la desaparición de mi hija que mi genio malo no duerme aún. Aprueba ó censura mi conducta, Diego, pero no quiero tener nada secreto á tu fidelidad. No podía resignarme á permanecer aquí en ociosa inacción mientras mis hijos están ocupados en buscar las huellas de su hermana. Yo hice algo también. Donde el arte del hombre es insuficiente, se manifiesta á menudo el cielo.

DIEGO.—Explicame lo que debo saber.

ISABEL.—En una ermita levantada sobre las cumbres del Etna, habita un piadoso solitario llamado por los ancianos de la comarca el Viejo de la montaña. Viviendo más cerca del cielo que la raza errante de los hombres, ha depurado sus ideas terrestres en una atmósfera transparente, y desde aquella cima tras tantos años de retiro, observa las complicaciones caprichosas, los caminos tortuosos é incomprensibles de la vida. El destino de mi casa no le es ageno; con frecuencia el santo ermitaño ha interrogado para nosotros el cielo, y con sus oraciones nos libró de más de una maldición. Poco há le mandé un joven y diligente mensajero para que le dé noticias de mi hija, y aguardo su próxima llegada.

DIEGO.—Si no me engaño él viene corriendo. ¡Laudable diligencia!

ESCENA II

Los mismos y EL MENSAJERO

ISABEL.—Habla; no me ocultes ni el bien ni el mal; dime claramente la verdad. ¿Cuál es la respuesta del Viejo de la montaña?

EL MENSAJERO.—Me ha dicho que me volviese prontamente porque la que se perdió se ha encontrado.

ISABEL.—¡Bendita voz! palabra del cielo! siempre anunciaste lo que yo deseaba..... ¿Y á cual de mis hijos fué concedido dar con las huellas de la que se perdió?

EL MENSAJERO.—Tu hijo mayor ha descubierto su escondido retiro.

ISABEL.—Á Manuel la debo. ¡Ah! siempre fué para mí un hijo de bendición! ¿Has entregado al ermitaño el cirio bendito que le enviaba para arder ante los santos? El piadoso servidor de Dios desdeña los dones que alegrarían á los demás hombres.

EL MENSAJERO.—Lo ha tomado en silencio de mis manos; después, se ha acercado al altar, encendió el cirio en la lámpara que arde delante del santo patrón de la ermita, y de repente ha prendido fuego á la cabaña donde adora á Dios desde hace noventa años.

ISABEL.—¿Qué dices? ¡Qué terror despierta en mí!

EL MENSAJERO.—Y gritando tres veces: ¡Desdicha! desdicha! desdicha! ha bajado silencioso de la montaña, ordenandome por signos que no le siguiese, ni mirase hacia atrás; y perseguido por el terror, he corrido hasta aquí.

ISABEL.—¡En qué incertidumbre y angustia me surgen estas palabras! Gran noticia es que Manuel haya encontrado á mi hija, mas ¡cómo regocijarme acompañada de funestas señales!

EL MENSAJERO.—Vuelve atrás los ojos, princesa, y ve cumplirse las palabras del solitario, porque ó todo me engaña, ó es la hija que perdiste, y que buscabas, la que te devuelven los caballeros.

(El segundo coro trae sobre unas andas á Beatriz, sin conocimiento é inmóvil).

ESCENA III

ISABEL, DIEGO, EL MENSAJERO, BEATRIZ, EL CORO, BOHEMUNDO, ROGERIO, HIPÓLITO y los otros nueve caballeros de don César.

EL CORO - BOHEMUNDO.—En cumplimiento de la orden de nuestro señor, venimos, princesa, á depositar la doncella á tus plantas. Esto nos mandó, y añadió te dijéramos que es tu hijo César quien te la envía.

ISABEL (*se lanza hacia Beatriz, pero enseguida retrocede aterrada*).—¡Oh, cielos! está pálida y sin vida!

EL CORO - BOHEMUNDO.—Vive; va á despertar. Dale tiempo de recobrase de los tristes sucesos que tienen encadenados aún sus sentidos.

ISABEL.—Hija mía, hija de mi dolor y de mis inquietudes, ¿así nos volvemos á ver? ¿De tal suerte debías entrar en la casa de tu padre? ¡Ah! quiero que tu vida reviva en la mía! Quiero oprimirte contra mi seno maternal hasta que palpiten de nuevo tus arterias, libres de este frío de muerte. (*Al coro.*) ¿Qué terrible suceso ha acaecido? ¿Dónde la has encontrado? ¿Cómo mi hija querida se halla en tan espantosa y deplorable situación?

EL CORO - BOHEMUNDO.—No me lo preguntes, porque mi boca enmudeció. Tu hijo don César te lo explicará todo; él es quien te la envía.

ISABEL.—Mi hijo don Manuel, querrás decir.

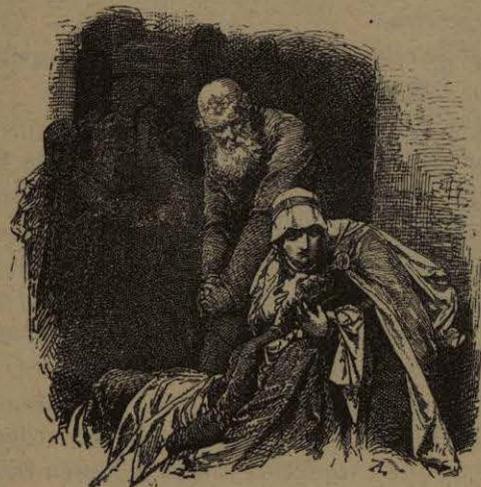
EL CORO - BOHEMUNDO.—Tu hijo don César te la envía.

ISABEL (*al mensajero*).—¿No fué don Manuel quien nombró el solitario?

EL MENSAJERO.—Sí, princesa, esto dijo.

ISABEL.—Sea el que fuere, me inunda el gozo. Le debo mi hija: ¡bendito sea! Pero ¡ay! ¿ha de envene-

nar un demonio envidioso la felicidad de un instante deseado con ardor? ¿he de luchar por mi bienestar? Veo á mi hija en la casa de su padre, es cierto; pero ella no me ve, no me oye, no puede responder á la alegría de su madre. ¡Oh, abríos, ojos espléndidos! ¡reanimaos, manos adoradas! Levántate, seno inani-



mado y palpita gozoso. Diego, ¡es mi hija! ¡la que tanto tiempo permaneció oculta, la que he salvado! puedo reconocerla ante el mundo entero.

EL CORO - BOHEMUNDO.—Paréceme entrever extraña y nueva fuente de espanto; espero acongojado la explicación y el fin de este error.

ISABEL (*al coro que se muestra sorprendido y confuso*).—¡Vuestros corazones son impenetrables! vuestro pecho resguardado con su coraza de bronce, rechaza, como las escarpadas rocas del mar, la alegría que siento, y la encierra en mi corazón. En vano busco en todo este círculo una mirada de ternura. ¿Qué esperan mis hijos? ¡Ah, cuando quisiera ver en torno mío quien compartiese mi júbilo, siento que me cercan

fieras del desierto sin compasión, ó monstruos del Océano!

DIEGO.—¡ Abre los ojos! ¡ se mueve! ¡ vive!

ISABEL.—¿ Vive? ¡ Ah! ¡ que su primera mirada sea para su madre!

DIEGO.—Sus ojos vuelven á cerrarse con espanto.

ISABEL (*al coro*).—Retiraos; la vista de esos extranjeros la atemoriza.

EL CORO (*se retira*).—BOHEMUNDO.—Gustoso evitaré su mirada.

DIEGO.—En ti fija sus ojos asombrados.

BEATRIZ.—¿ Dónde estoy? Yo conozco estas facciones.

ISABEL.—Recobra sus sentidos.

DIEGO.—¿ Qué hace? ¡ cae de rodillas!

BEATRIZ.—¡ Oh dulce y angélico rostro de mi madre!

ISABEL.—¡ Hija de mi corazón! ¡ ven á mis brazos!

BEATRIZ.—Á tus piés ves á la culpable.

ISABEL.—Vuelvo á verte. Todo está olvidado.

DIEGO.—Mírame á mí también. ¿ Me recuerdas?

BEATRIZ.—¡ La encanecida cabeza del buen Diego!

ISABEL.—El fiel guardián de tu infancia.

BEATRIZ.—Me encuentro entre los míos.

ISABEL.—Y en adelante nada podrá separarnos sino la muerte.

BEATRIZ.—¿ No me lanzarás otra vez entre los extraños?

ISABEL.—Nada nos separará; el destino está apaciguado.

BEATRIZ (*se echa en sus brazos*).—¿ Estoy realmente sobre tu corazón, y lo que ha pasado era un sueño, un sueño penoso y terrible? ¡ Oh, madre mía! le he visto caer muerto á mis piés. ¿ Cómo he venido hasta aquí? No me acuerdo. ¡ Qué feliz soy de hallarme libre en tus brazos! Querían llevarme á su madre, la princesa de Mesina. ¡ Antes la muerte!

ISABEL.—¡ Vuelve en ti, hija mía! La princesa de Mesina...

BEATRIZ.—No la nombres; al oír esta palabra fatal, el frío de la muerte se esparce por mis venas.

ISABEL.—Escucha, hija mía.

BEATRIZ.—Tiene dos hijos que se aborrecen á muerte. Llámanlos don Manuel y don César.

ISABEL.—¡ Pero soy yo! ¿ No reconoces á tu madre?

BEATRIZ.—¿ Qué dices? ¿ Qué palabra has proferido?

ISABEL.—Yo soy la princesa de Mesina, tu madre.

BEATRIZ.—¡ Infeliz, infeliz de mí! ¡ Oh, luz espantosa!

ISABEL.—¿ Qué tienes? ¿ Qué te agita con tal violencia?

BEATRIZ (*pasea en torno suyo una mirada extraviada y se fija en el coro*).—Son ellos. Si, ahora los reconozco. No era un sueño engañoso; ellos son, presentes estaban. ¡ Ahora me aparece la horrorosa verdad! ¡ Desdichados! ¿ dónde le tenéis oculto?

(*Se adelanta á grandes pasos hacia el coro que se vuelve de espaldas. Óyese á lo lejos una marcha fúnebre.*)

EL CORO.—¡ Desdicha! ¡ Desdicha!

ISABEL.—¿ Dónde lo escondieron? ¿ Qué es la verdad? Os quedáis mudos y perplejos; parece que la comprendéis. Observo en vuestros ojos, en vuestra voz entrecortada, algo lamentable que ha de caer sobre mí... ¿ Qué pasa? ¡ quiero saberlo! ¿ Por qué volvéis con terror vuestras miradas hacia la puerta? ¿ Qué significan los acordes de esta música?



EL CORO - BOHEMUNDO. — Acércase el momento; el misterio horrible va á declararse. Sé fuerte, princesa; alienta á tu corazón; soporta con energía lo que te espera. Muestra varonil firmeza en este dolor mortal.

ISABEL. — ¿Quién se acerca? ¿Quién me espera? Oigo fúnebres quejidos que resuenan en este palacio... ¿Dónde están mis hijos?

(El primer coro trae el cadáver de don Manuel sobre unas andas, y lo coloca en el lado de la escena que ha quedado libre; lo cubre un paño negro.)

ESCENA IV

ISABEL, BEATRIZ, DIEGO, LOS DOS COROS

I.^{er} CORO - CAYETANO. — Á través de las calles marcha la desgracia seguida de las quejas. Así vaga furtiva en torno de las habitaciones de los hombres: hoy llama á esta puerta, mañana á la otra; mas nadie se libra de ella. El doloroso y funesto mensajero vendrá más ó menos tarde á colocarse en los umbrales de toda mansión.

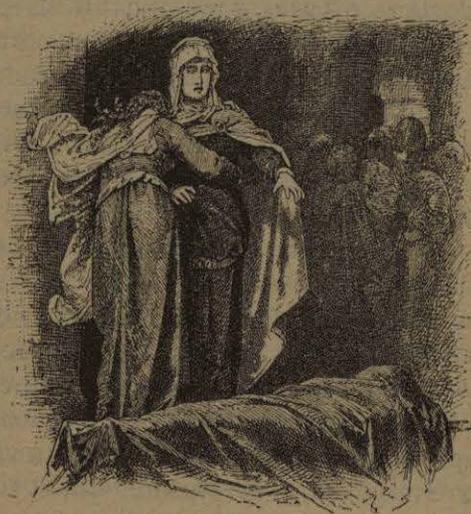
BERENGUER. — Caen las hojas al declinar el año, y los viejos exhaustos bajan al sepulcro. Cumple con ello la naturaleza sus leyes, sin que espante ni sorprenda al hombre.

Mas en esta vida terrestre, habéis de conocer también lo extraordinario: el homicidio, con su mano poderosa, rompe de igual modo los más sagrados lazos. En la barca de la Estigia, la muerte arrebató también á la juventud floreciente.

CAYETANO. — Cuando los nubarrones amontonados oscurecen el cielo, y el trueno retumba con redobles sonoros, todos los hombres se estremecen bajo el poder del hado. Mas el trueno puede desgajarse también

de un cielo sin nubes. Temed en los días de gozo la páfida visita de la desgracia. No permanezcáis apegados á los bienes que engalanan la vida pasajera. Aprenda á perder quien posea; aprenda á sufrir el dichoso.

ISABEL. — ¿Qué he de oír? ¿Qué cubre este velo? (Da un paso en dirección á las andas, y se detiene temblorosa y vacilante.) Me siento arrastrada por horrible impulso, y me contiene al propio tiempo la mano fría



y siniestra del terror. (A Beatriz que se ha interpuesto entre ella y las andas.) Déjame; sea lo que fuere, quiero levantar este velo. (Alza el velo, y descubre el cadáver de don Manuel.) ¡Oh, potencias celestiales! ¡Es mi hijo!

(Queda inmóvil de horror. Beatriz lanza un grito y cae junto á las andas.)

EL CORO - CAYETANO, BERENGUER, MANFREDO. — ¡Madre infeliz! ¡es tu hijo! Tú lo dijiste, no yo.

ISABEL. — ¡Hijo mío! mi Manuel! ¡Oh, eterna miseri-

cordia! ¡así he de volver á encontrarte! ¿Habías de dar tu vida para arrancar tu hermana del poder de los bandidos? ¿Dónde estaba tu hermano? ¿Por qué no te protegió? ¡Maldita sea la mano que causó esta herida! ¡Maldita sea la mujer que dió vida al asesino de mi hijo! ¡Maldita toda su raza!

EL CORO.—¡Desdicha! ¡desdicha! ¡desdicha! ¡desdicha!

ISABEL.—¿Así cumplís vuestra palabra, potencias celestiales? Esta es vuestra verdad! Desdichado de aquel que fia en vosotras, á impulsos de su rectitud! ¿Por qué mis esperanzas, por qué mis temores si debía ser este el desenlace? Vosotros que me rodeáis con espanto y saciáis vuestras miradas en mi dolor, aprended á conocer las mentiras con que nos engañan los ensueños y los adivinos, y seguid creyendo en el oráculo de los dioses. Cuando llevaba á mi hija en el seno, su padre soñó un día que veía salir de su lecho nupcial dos laureles que entrelazaban sus ramas tupidas. Entre los dos se alzaba un lirio, que convertido luégo en una antorcha, devoró las ramas de los laureles, y lanzándose con furor hacia la bóveda, consumió en un instante el palacio entero. Aterrado por aquella maravillosa aparición, vuestro padre consultó á un adivino, á un negro mago, quien le respondió que si yo daba á luz una niña, daría ella la muerte á mis dos hijos y aniquilaría mi raza.

EL CORO - CAYETANO Y BOHEMUNDO.—¿Qué dices, princesa? ¡Oh desdicha!

ISABEL.—Su padre ordenó darle muerte, pero yo la libré de la horrorosa sentencia. ¡Pobre niña! Arrebatada en edad tan tierna al seno de su madre, para no hacer perecer á sus hermanos en más larga edad! ¡Y ahora su hermano cae por mano de los bandidos! No es ella, inocente, la que le mató.

EL CORO.—¡Oh desdicha! ¡Oh desdicha!

ISABEL.—Ninguna confianza me inspiraba la sentencia de un servidor de los idolos. Una esperanza mejor dió fuerzas á mi alma. Otros labios, que yo consideraba verídicos, me anunciaron que mi hija reuniría por medio de un ardiente amor el corazón de mis hijos. Así los oráculos se contradicen y amontonan la bendición y la maldición sobre la cabeza de mi hija. La desgraciada no ha merecido la maldición, y no le ha sido dado el tiempo para que la bendición se realizara. Ambos oráculos han mentido; el arte de los adivinos es fútil vaciedad, pues se engañan ó nos engañan. Nada verdadero puede saber acerca del porvenir, ni el que bebe en las fuentes infernales, ni el que bebe en la fuente de la luz.

1.^{er} CORO - CAYETANO.—¡Desdicha! desdicha! ¿Qué es lo que dices? Detente, detente! Guarda las palabras que escapan á tu lengua temeraria. Los oráculos ven y alcanzan la verdad; los acontecimientos lo demostrarán.

ISABEL.—No guardaré mis palabras; hablaré en voz alta, como me lo ordena mi corazón. ¿Á qué visitar, devotos, los templos? ¿Á qué levantar nuestras manos piadosas al cielo? ¡Oh, insensatos é inocentes! ¿qué ganamos con nuestra confianza? Tan imposible es llegar hasta los dioses, habitantes de las regiones elevadas, como lanzar una flecha á la luna. El porvenir está cerrado á los mortales, y ninguna plegaria penetra en un cielo de bronce. ¡Qué importa que el pájaro vuele hacia la derecha ó hacia la izquierda, que las estrellas estén en tal situación ó en tal otra? El libro de la naturaleza no puede ser interpretado: la explicación de los sueños es un sueño, y todos los signos son falaces.

2.^o CORO - BOHEMUNDO.—Detente, infortunada. Desdicha! desdicha! Niegan los ciegos la esplendorosa claridad del sol. Los dioses existen. Reconóceles; te rodean, invisibles.

BEATRIZ.—¡Oh, madre, madre mía! ¿Por qué blasonaste de mayor cordura que aquellos que todo lo ven y conocen el encadenamiento de los tiempos presentes con los tiempos futuros, y ven las semillas tardías germinar en el porvenir? Para ruina tuya, para la mía, para la ruina de todos, robaste á los dioses de la muerte la presa que te reclaman, que por sí mismos se toman duplicada y triplicada. No te agradezco tu triste beneficio; para el dolor y el llanto me has conservado.

I.^{er} CORO-CAYETANO (*con viva emoción mirando á la puerta*).—Abríos de nuevo, crueles heridas; derramad y esparcid negros torrentes de sangre.

BERENGUER.—Oigo el ruido de los piés de bronce, oigo el ruido de las víboras del infierno, conozco las pisadas de las Furias.

CAYETANO.—Derrumbáos, murallas! Umbrales de este palacio, hundíos bajo sus tremendas pisadas! Negro vapor se alza del fondo del abismo. La suave claridad del día se desvanece y los dioses protectores de esta casa se retiran y ceden el paso á las diosas de la venganza.

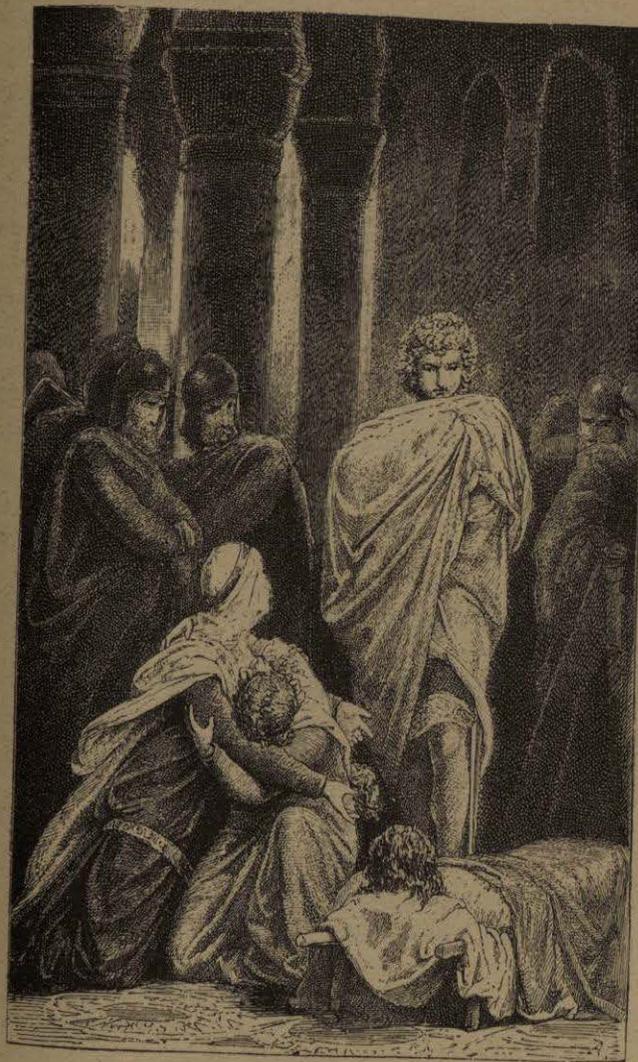
ESCENA V

DON CÉSAR, ISABEL, BEATRIZ, EL CORO

(*A la llegada de don César, el coro se divide como alejándose de él. Don César se queda solo en el centro de la escena.*)

BEATRIZ.—¡Infeliz de mí! ¡Es él!

ISABEL (*se le acerca*).—¡Oh, César, hijo mío! ¿Así he de volver á verte? Mira! ve el crimen cometido por una mano maldita de Dios.



ISABEL.—¡Mira! ve el crimen cometido....

(*Condúcele junto al cadáver. Don César retrocede con horror y se cubre el rostro.*)

I.^{er} CORO - CAYETANO, BERENGUER.—Abríos de nuevo, crueles heridas, derramad y esparcid negros torrentes de sangre.

ISABEL.—Tiembblas, y te quedas petrificado... Sí, eso, eso es todo lo que resta de tu hermano. Aquí yacen mis esperanzas. La flor de vuestra amistad pereció al abrir su capullo, y no podré ver sus dichosos frutos.

D. CÉSAR.—Consuélate, madre mía; nosotros queríamos sinceramente la paz, pero el cielo ha pedido sangre.

ISABEL.—Oh! ya sé que le profesabas entrañable cariño. ¡Con cuánto entusiasmo vi los lazos suaves que entre vosotros se estrechaban! Tú querías llevarle en tu corazón, reparar con usura los años perdidos. ¡El sangriento homicidio se ha adelantado á tu amor! Ahora sólo puedes vengarle.

D. CÉSAR.—Ven, madre; no permanezcas en este sitio. Aléjate de este espantoso espectáculo.

(*Quiere llevarla consigo.*)

ISABEL (*se echa en sus brazos*).—¡Tú vives aún! Tú, el único que me queda!

BEATRIZ.—¡Desdichada madre! ¿qué haces?

D. CÉSAR.—Agota tus lágrimas sobre este fiel corazón. No perdiste á tu hijo, porque su amor está para siempre rebosando en el seno de don César.

I.^{er} CORO - CAYETANO, BERENGUER, MANFREDO.—Abríos de nuevo, crueles heridas, derramad y esparcid negros torrentes de sangre.

ISABEL (*cogiendo las manos de don César y de Beatriz*).

—¡Oh, hijos míos!

D. CÉSAR.—¡Cuán dichoso me hace verla en tus brazos, madre! Sí, tu hija es ella... Pero mi hermana...

ISABEL (*interrumpiéndole*).—¡Gracias, hijo mío! gra-

cias por haber cumplido tu palabra, gracias por haberla salvado y habérmela traído.

D. CÉSAR (*asombrado*).—¿ Á quién, madre mía ?

ISABEL.—Á la que tienes delante....., á tu hermana.

D. CÉSAR.—Ella ! ¿ mi hermana ?

ISABEL.—¿ Qué otra puede ser ?

D. CÉSAR.—¿ Mi hermana ?

ISABEL.—Por ti mismo enviada.

D. CÉSAR.—¿ Y la hermana de él ?

EL CORO.—¡ Oh desdicha !...

BEATRIZ.—¡ Oh, madre mía !

ISABEL.—Estoy sorprendida... Hablad.

D. CÉSAR.—¡ Maldito sea el día en que nací !

ISABEL.—¿ Qué tienes ? ¡ Dios santo !

D. CÉSAR.— ¡ Malditas sean las entrañas que me llevaron ! ¡ Maldito tu silencio misterioso, que tales horrores ha producido ! ¡ Caiga al fin el rayo que ha de aniquilarte ! no me esforzaré por más tiempo en contenerlo. Sabe que yo fui el asesino de mi hermano, porque le sorprendí en brazos de Beatriz. Á ella amo, á ella elegí por esposa... pero encontré á mi hermano en sus brazos. Ya lo sabes todo. Si realmente es su hermana y la mía, yo soy culpable de un crimen que ningún arrepentimiento, ninguna expiación pueden hacer olvidar.

EL CORO - BOHEMUNDO.—Él lo ha dicho. Ya lo oíste : ya sabes tu horrible desgracia ; nada tienes que saber más. Lo que anunció el adivino se ha cumplido ; que nadie escapa al destino que sobre él pesa, y el que cree evitarlo con su prudencia, trabaja voluntariamente para cumplirlo.

ISABEL.—¡ Y qué me importa que los dioses sean falaces ó dignos de fe ! Ya me han hecho el mayor daño posible ; les desafío á que asesten sobre mí más rudo golpe. Quien nada tiene que temer ¡ cómo podría temerlos ! ahí está mi hijo querido, muerto delante de mí ;

y me separo del que le sobrevive ! Porque no es mi hijo : yo dí la vida, yo alimenté en mi seno á un monstruo que debía dar muerte á mi excelente hijo... Ven, hija mía ; no debemos permanecer aquí más tiempo. Abandono esta casa á los dioses vengadores. Si un crimen me trajo, otro crimen me arroja... Entré en ella con violencia, la habité con terror, y la dejo con desesperación. Todo lo he sufrido sin ser culpable ; pero los oráculos tienen razón : los dioses están satisfechos.

(*Vase. Diego la sigue.*)

ESCENA VI

BEATRIZ, DON CÉSAR, EL CORO

D. CÉSAR (*detiene á Beatriz*).—Quédate, hermana mía, no me dejes de este modo. Maldígame mi madre, clame venganza contra mí esta sangre, condéneme el mundo ; pero no me maldigas tú, porque de ti no puedo soportarlo. (*Beatriz lanza una mirada al cadáver de don Manuel.*) No maté á tu amante, maté al que era tu hermano y el mío. El que murió debe ocupar más lugar en tu corazón que el que vive, y yo merezco más piedad, porque si él ha muerto inocente, yo soy criminal ! (*Beatriz rompe á llorar.*) Lloro á tu hermano, yo lloraré contigo, y aún más....., yo te vengaré. ¡ Pero no llores á tu amante ! No puedo soportar que concedas al muerto esta preferencia. Déjame levantar del abismo sin fondo de nuestros dolores, el solo, el último consuelo. Déjame que crea que no te pertenece más á ti que á mí. La revelación de nuestro destino terrible iguala nuestros derechos como nuestras desdichas. Caidos en el mismo hoyo, hijos los tres de una misma madre, sucumbimos por igual modo, y tenemos el mismo derecho al amargo llanto. Pero si yo pensase

que tu aflicción se consagraba al amante más que al hermano, la ira y la envidia mezclarían su hiel con mi dolor, y el último consuelo me abandonaría. No ofrecería yo con gozo la última víctima á sus manes; pero mi alma irá á encontrarle dulcemente, si sé que tú reunirás mi ceniza con la suya en una misma urna. (*La abraza con viva ternura.*) Te amaba como no amé jamás, cuando sólo eras para mí una extranjera. Y porque te amaba por encima de todo encarecimiento,



llevo conmigo la maldición de un fratricidio. Mi amor hacia ti fué todo mi crimen. Ahora eres mi hermana y reclamo tu compasión como piadoso tributo. (*La interroga ansioso con la vista; después se separa vivamente de ella.*) No, no, no puedo ver esas lágrimas. En presencia de ese cadáver, me abandona el valor, y la duda desgarrá mi seno. Déjame en mi error. Llorá en secreto; no vuelvas á verme jamás, jamás! Yo no quiero volver á veros, ni á ti ni á tu madre, que jamás me ha querido! Su corazón se ha delatado; el dolor lo

puso al descubierto. ¡Le ha llamado su excelente hijo! Toda su vida obró con disimulo. Y tú eres falsa como ella. No te esfuerces en fingir; muéstrame tu aversión! No volverás á ver mi rostro aborrecido. Adiós para siempre.

(*Aléjase. Ella se queda indecisa, víctima de una lucha interior; luego se decide, y vase.*)

ESCENA VII

EL CORO - CAYETANO

Feliz aquel que en la serenidad de los campos, lejos de los confusos escollos de la vida, reposa con amor de niño en el seno de la naturaleza. Me siento oprimido en el alcázar de los grandes, cuando veo á los más principales y á los mejores, precipitados en un momento de la torre de la prosperidad.

Dichoso también aquel que con piadosa vocación se retira á tiempo de las olas tempestuosas de la vida y se refugia en la plácida celda de un claustro! Lejos la peligrosa ambición de los honores! ¡lejos el vano deleite! los deseos insaciables duermen en su alma tranquila, y la potencia impetuosa de las pasiones no le arrebatá ya en el torbellino de la vida. Jamás en su retiro libre de tempestades se yergue la triste imagen de la humanidad. Á breve altura alcanzan el crimen y la adversidad, del modo que la peste huye de los sitios elevados y se desparrama en la infección de las villas.

BERENGUER, BOHEMUNDO, MANFREDO. — También la libertad habita las cimas. Las exhalaciones de la tumba no se alzan en el aire puro. Donde quiera que el hombre no llevó sus miserias, el mundo es perfecto.

(*El coro repite esta estrofa.*)

ESCENA VIII

DON CÉSAR, EL CORO

D. CÉSAR (*con más firme continente*).—Vengo á hacer uso por última vez de mi autoridad de soberano. Ese cuerpo precioso será depositado en la tumba; allí está la última morada de los muertos. Escuchad ahora mis graves resoluciones y obrad puntualmente conforme os ordené. Recordáis aún el triste deber que cumplisteis, porque no hace mucho que llevasteis á la tumba el cuerpo de vuestro príncipe. Los cantos funerarios han cesado apenas de oírse en estos muros, y un cadáver sigue de cerca á otro cadáver, una antorcha en otra se enciende, y el lúgubre cortejo alcanza al lúgubre cortejo en la misma escalera subterránea. Dispone, pues, una fúnebre solemnidad en la iglesia del castillo, donde yacen los restos de mi padre; ciérrense las puertas y hágase todo como he dicho.

EL CORO - BOHEMUNDO. — Dispuestas estarán pronto las exequias, señor; porque el catafalco, monumento de la grave ceremonia, está aún en pié; nadie puso mano aún en el edificio de la muerte.

D. CÉSAR.—Si la entrada del sepulcro permaneció abierta en la mansión de los vivos, no fué éste feliz augurio. ¿Y por qué causa no derribaron el triste aparato después de la ceremonia?

EL CORO - BOHEMUNDO.—Las desgracias, la deplorable discordia que á poco estalló y dividió á Mesina, alejó del muerto nuestra atención, y el santuario permaneció cerrado y abandonado.

D. CÉSAR.—Id pues á cumplir pronto vuestro cometido. Quede terminada la funesta obra esta misma noche, y vea el sol de mañana el palacio purgado de crímenes, y alumbre á una raza más feliz.

(*El segundo coro se aleja, llevándose el cuerpo de don Manuel.*)

EL 1.^{er} CORO - CAYETANO.—¿He de llamar á la piadosa congregación de los monjes de las cercanías, para que, según antiguos usos de la Iglesia, celebre las exequias y acompañe con sus cantos al cadáver el reposo eterno?

D. CÉSAR.—Esos cantos religiosos podrán resonar eternamente sobre nuestra tumba, á la claridad de los cirios; hoy no es necesario su santo ministerio. El sangriento homicidio rechaza las santas ceremonias.

EL CORO - CAYETANO.—No tomes, señor, ninguna resolución violenta. No te revuelvas contra ti mismo, en la ira de la desesperación. Nadie en el mundo tiene el derecho de castigarte, y una piadosa expiación calma la cólera del cielo.

D. CÉSAR.—Si no existe quien tenga derecho á juzgarme y castigarme, tócame á mí cumplir este deber para conmigo. Yo sé que el cielo acepta la penitencia del pecado, pero la sangre no puede ser expiada sino con sangre.

EL CORO - CAYETANO.—Deberías sobreponerte á las catástrofes que pesan sobre esta casa, y no amontonar desgracia sobre desgracia.

D. CÉSAR.—Muriendo pongo fin á la antigua maldición de esta casa. Sólo la muerte voluntaria puede romper la cadena del destino.

EL CORO - CAYETANO.—Debes un soberano á esta huérfana tierra, ya que nos has arrebatado el otro.

D. CÉSAR.—Antes he de saldar mi deuda con los dioses de la muerte. Otro dios cuidará de los vivos...

EL CORO - CAYETANO.—Mientras nos alumbra el sol, permanece en pié la esperanza. Sólo la muerte la derriba. Piénsalo bien.

D. CÉSAR.—Y tú piensa en cumplir en silencio tus deberes de servidor. Déjame obedecer al espíritu terrible que me impulsa. Ninguna dichosa criatura puede

ver el fondo de mi alma. Si no honras ni temes en mí al soberano, teme al criminal sobre quien pesa la más tremenda maldición; honra al infeliz, cuya cabeza es sagrada hasta para los dioses. Quien ha experimentado lo que yo sufro, no tiene que dar ninguna cuenta á los seres terrenales.

ESCENA IX

ISABEL, DON CÉSAR, EL CORO

ISABEL (*sale con incierto paso y lanza á don César una mirada vacilante; luégo se le acerca y le habla con firmeza*).—Mis ojos no debían verte más. Eso me prometí en medio de mi dolor. Pero el viento arrastra las resoluciones que una madre extraviada por el furor puede tomar contra la voz de la naturaleza. Hijo, siniestra noticia me ha arrancado de mi soledad desierta y de mi dolor. ¿Debo creerla? ¿Es verdad que un mismo día ha de arrebatarme á mis dos hijos?

EL CORO - CAYETANO. — Resuelto le ves á franquear con seguro paso las puertas de la muerte. Prueba ahora la fuerza de la sangre, el poder de las súplicas maternas. Yo he empleado en vano mis palabras.

ISABEL.—Revoco las imprecaciones que en la locura de mi desesperación he lanzado sobre tu cabeza querida. Una madre no puede maldecir al hijo que llevó en sus entrañas, al hijo que parió con dolor, ni el cielo escucha sus impías súplicas, que vuelven á caer de lo alto cargadas de lágrimas. Vive, hijo mío; antes quiero ver al asesino de mi hijo, que llorarlos á los dos.

D. CÉSAR.—Tú no reflexionas, madre, en lo que deseas para ti y para mí. Yo no puedo permanecer entre los vivos. Aunque pudieras soportar, madre mía, la vista de un hijo aborrecido por los dioses, yo no sufriría los mudos cargos de tu eterno dolor.

ISABEL.—No, no he de ofenderte con reproche alguno, ni lastimarte con muda ó explícita queja. Mi desolación se trocará en plácida tristeza. Juntos lloraremos nuestra desdicha y velaremos el crimen.

D. CÉSAR (*la toma de la mano y le dice con voz muy blanda*).—Será tal como dices, madre mía; sí, tu desolación se convertirá en plácida tristeza. Mas cuando un mismo cortejo reuna la víctima con el asesino, y un mismo sepulcro encierre sus cenizas, la maldición caerá desarmada y no separará más á tus dos hijos. Las lágrimas que derrames, madre mía, correrán para el uno como para el otro. La muerte es poderoso intercesor. Sosiéganse entonces los ardores de la cólera, cálmase el odio; la dulce piedad, bajo la imagen de una hermana, llora estrechando en sus brazos la urna funeraria. No me detengas, pues, madre mía; déjame que baje al sepulcro y apacigüe al destino.

ISABEL.—Piensa que la religión cristiana posee muchas imágenes misericordiosas á cuyos piés puede encontrar la calma el corazón agitado. En la casa de Loreto, más de un culpable ha sido libertado de su pesada carga, y junto al santo sepulcro que borró del mundo el pecado, reside el poder celestial. También la oración de los fieles contiene poderoso influjo y gran mérito á los ojos de Dios. En el sitio en que se cometió el crimen, puede levantarse un templo expiatorio.

D. CÉSAR.—Fácil es arrancar la flecha del corazón, mas es imposible cicatrizar la herida. Sométase quien quiera á penitente vida, al aniquilamiento gradual que produce la rigurosa expiación de una falta eterna! yo, madre mía, no puedo vivir con el corazón destrozado. Necesito mirar con alegres ojos á los alegres, necesito lanzarme con espíritu libre al cielo etéreo. Si la envidia envenenaba mi existencia cuando compartíamos igualmente tu amor, ¿crees que soportaría yo las ventajas que tu dolor le daría sobre mí? En cambio, madre, la

muerte purifica; en sus moradas eternas, las cosas de la tierra relumbran con el brillo de la verdadera virtud; bórnanse las manchas y se esfuman los defectos de la humanidad. Tanto como las estrellas están por encima de la tierra, estaría él sobre mí. Si nos ha separado antigua envidia durante el curso de nuestra existencia, cuando éramos iguales y hermanos, ¿no roería sin tregua mi corazón, ahora que me aventaja de toda la eternidad y que salido de las luchas de este mundo se perpetuará como un dios en la memoria de los hombres?

ISABEL.—¿Os habré llamado á Mesina para enterraros á los dos? Os hice venir aquí para reconciliaros, y un destino funesto revuelve contra mí todas mis esperanzas.

D. CÉSAR.—No te quejes por este desenlace, madre; cuanto estaba anunciado se ha cumplido. Hemos pasado esta puerta con augurios de paz, y juntos descansaremos pacíficamente, reconciliados para siempre en la mansión de la muerte.

ISABEL.—Vive, hijo mío! No dejes á tu madre en extranjera tierra, acosada por los sarcasmos de los corazones groseros, porque no la protege ya el poder de sus hijos.

D. CÉSAR.—Si el mundo frío y cruel te desdeña, refúgiate en nuestro sepulcro é invoca el divino poder de tus hijos, porque seremos seres celestiales y te oiremos; y semejantes á los astros gemelos propicios al navegante, nos acercaremos á ti para consolarte y devolver la fuerza á tu alma.

ISABEL.—Vive, hijo mío, vive para tu madre! Yo no puedo resignarme á perderlo todo.

(Le estrecha en sus brazos con apasionada violencia. Él se separa con suavidad, le tiende la mano y aparta los ojos.)

D. CÉSAR.—¡Adiós!

ISABEL.—Ay! ahora veo con dolor que tu madre no tiene sobre ti ningún poder. ¿Será otra voz más pode-

rosa que lá mía? *(Se dirige al fondo del teatro.)* Ven, Beatriz. Si un hermano muerto le arrastra á la tumba con tanta fuerza, acaso su hermana podrá traerle de nuevo á la luz con el prestigio de las dulces esperanzas de la vida.

ESCENA ÚLTIMA

BEATRIZ en el fondo del teatro, ISABEL, D. CÉSAR, EL CORO

D. CÉSAR *(hondamente conmovido al verla, oculta el rostro)*.—Oh, madre, madre mía! qué pretendes?

ISABEL *(acompaña á su hija)*.—Tu madre le ha suplido en vano. Implórale, conjúrale á que viva.

D. CÉSAR.—Oh, artificio maternal! Así me pones á prueba! ¿Quieres que me destroce nueva lucha? ¿Quieres hacer para mí más preciosa la luz del sol, en el momento en que voy á partir para la noche eterna? Aquí, ante mí se muestra el ángel gracioso de la vida, esparciendo embalsamadas flores y dorados frutos. Mi corazón se abre á los rayos ardientes del sol, y en mi seno, ya sobrecogido por la muerte, despierta la esperanza con el amor á la vida.

ISABEL.—Ruégale que no nos prive de nuestro apoyo. Él te escuchará, ó no escuchará á nadie.

BEATRIZ.—La muerte del que fué amado exige una víctima. Una ha de ser, madre mía; déjame que yo lo sea. Á la muerte fui consagrada antes de nacer. La maldición que persigue esta casa me reclama: mi vida fué robada al cielo. Pues yo le maté y reavivé la dormida furia de los combates, yo he de calmar los manes.

EL CORO - CAYETANO.—Oh, madre infeliz! tus hijos corren solícitos á la muerte y te dejan sola, abandonada, en vida solitaria, sin alegría y sin amor.

BEATRIZ.—Hermano, guarda tu cabeza querida. Vive para tu madre, que necesita de su hijo. Hoy ha encon-

trado una hija por primera vez: fácilmente podrá perder á la que jamás ha poseído.

D. CÉSAR (*con dolor profundo*).—Ya lo ves, madre mía, nosotros podemos vivir ó morir, poco importa....., á ella le basta ir al encuentro de aquel á quien amaba.

BEATRIZ.—¿Tienes celos de las cenizas de tu hermano?



D. CÉSAR.—Vive dichosa en tu dolor. Para siempre habré muerto entre los muertos.

BEATRIZ.—Oh, hermano mío!

D. CÉSAR (*con la más viva pasión*).—Hermana mía, me lloras á mí?

BEATRIZ.—Vive por nuestra madre!

D. CÉSAR (*retrocediendo*).—¿Por nuestra madre?

BEATRIZ (*acercándosele é inclinándose hacia él*).—Vive por ella y consuela á tu hermana.

EL CORO - BOHEMUNDO.—Ella ha vencido; no ha podido él resistir á las conmovedoras súplicas de su hermana. Madre inconsolable, abre otra vez tu corazón á la esperanza. Tu hijo consiente en vivir; tu hijo permanece á tu lado.

(*En esto se oye un canto funeral. Abrense las puertas del fondo y aparece un catafalco levantado en la iglesia, y el ataúd rodeado de antorchas.*)

D. CÉSAR (*volviéndose hacia el ataúd*).—No, hermano, no quiero arrebatarte tu víctima. Desde el fondo del ataúd, tu voz es más poderosa que las lágrimas de una madre y las súplicas del amor. En mis brazos estrecho cuanto igualara la vida terrestre á la suerte de los dioses; ¿pero yo, el asesino, podría ser feliz y dejar sin venganza la piadosa inocencia en la tumba? No; el justo árbitro de nuestros días no puede permitir tales diferencias en su mundo. He visto las lágrimas que también por mí se derramaban. Mi corazón está satisfecho. Ya te sigo.

(*Se hunde un puñal en el pecho y cae moribundo á los pies de su hermana, que se echa en brazos de su madre.*)

EL CORO - CAYETANO (*después de un profundo silencio*).—Aterrado estoy, y no sé si debo afligirme ó regocijarme por su suerte. Lo que siento, lo que claramente veo, es que la vida no es el mayor bien, y que el crimen es el mayor de los males.

